

El problema de las fuentes literarias de la historia primitiva de Roma

POR EL

DR. ANTONIO RUIZ DE ELVIRA

*Catedrático de Lengua y Literatura Latinas de la
Facultad de Filosofía y Letras*

La tesis que voy a desarrollar es la aplicación al campo de la historia de la que he sostenido en mi reciente edición del *Menón* platónico acerca de la crítica textual, y consiste en propugnar en la ciencia una actitud conservadora condenando el procedimiento conjetural.

El problema de la esencia y valor de la narración histórica y de los límites que la separan de la ficción permanece en la actualidad, tras veinticinco siglos de especulación y crítica en todos sus campos, envuelto en oscuridad y confusión. Hasta los más autorizados tratadistas siguen incurriendo en los vicios que causa la casi universal carencia de una noción clara y crítica de la veracidad histórica y de la significación de la creación literaria fictiva. Nos encontramos en primer lugar con que en el problema general de la veracidad de la historia y de los límites que la separan de la ficción narrativa, problema que viene planteado por la esencia misma de ambas, en cuanto ambas constituyen reproducciones ideales o concienenciales de hechos postuladamente empíricos, los investigadores siguen moviéndose en la actualidad en un clima historicista que los más egregios de ellos no cesan de proclamar definitivamente superado, por más que ellos mismos no alcancen a sustituirlo más que por intuiciones tan esporádicas y desorganizadas como con frecuencia geniales y desbrozadoras. Y no se crea por ejemplo que tal clima historicista es por ejemplo algo privativo del siglo de Mommsen y Usener: es que los

supuestos de Rudolf Helm o de Robert Mantle Rattenbury siguen siendo, como eran los de Rohde y los de Chassang, los mismos, no ya sólo que los de Dunlop en su *History of fiction* (Edinburgh 1816), sino, más aún, que los del ilustre Huet en su carta o *Traité de l'origine des romans* (París 1671, etc.), o que los de Amiot, Barthius o Xylander; es que Toynbee, Cassirer o Jaspers no nos ofrecen criterios sobre la veracidad de la historia que sobrepasen los juicios sobre Heliodoro de un editor suyo en el siglo XVII como Bourdelotius: es, sobre todo (pues bien podríamos congratularnos de esa concordancia si tales supuestos y criterios fueran el fruto de una meditación seria), el hecho de que ni aun el famoso y zarandeado capítulo 9 de la *Poética* de Aristóteles acerca de la distinción entre historia y poesía ha sido todavía aplicado a nuestro problema con verdadera generalidad: que, por extraño que parezca, no se ha pensado de verdad sobre él. En otro caso sería inconcebible que un filólogo tan autorizado como Helm diga de *Dafnis y Cloe* que es innatural, o que un Mario Attilio Levi crea un lícito proceder de historiador moderno suplir las fuentes neronianas inventando, sobre un impreciso pasaje de un judío agradecido, Flavio Josefo, una reproducción o desarrollo «moral»-causal gracias al cual quedan los crímenes de Nerón perfectamente santificados. La sustitución de ese historicismo por una comprensión más crítica y cabal de lo que es la ciencia histórica es, pues, urgente. No podemos contentarnos con establecer, en la comparación de dos tipos distintos de reproducción narrativa de un mismo acontecer empírico una «diferencia de cuño epocal», ni tampoco una diferencia de métodos de selección, crítica y exposición, sino que tenemos que proponernos hallar la significación de esas diferencias, es decir, no incurrir en la petición de principio que supone decir que dos relatos son distintos porque son de distintas épocas o porque emplean distintos métodos, puesto que lo que se trata de averiguar es en qué consisten unas y otras distinciones, o, lo que es lo mismo, cuál es el papel de la singularidad empírica en las repeticiones o universalidades interpretativas que constituyen la literatura narrativa. En la frontera misma, sea cual sea en definitiva, que a no dudarlo existe entre historia y ficción es precisamente dond^e se encuentran todas las interpretaciones valorales de las figuras y los hechos históricos, ya sean condenas o menosprecios, ya idealizaciones o embellecimientos.

Tratemos, pues, en vista de tales consideraciones, de enjuiciar ahora el problema de las fuentes literarias de la historia primitiva de Roma. En la crítica de dichas fuentes se ha ido tan lejos que en la actualidad la historia primitiva de Roma está sustituida por un amasijo de fábulas pseudocientíficas acerca de las culturas, las incineraciones y los asenta-

mientos, habiéndonos ya enseñado así a nuestra generación desde nuestra infancia.

Sigamos la propia historia de este proceso de la hipercrítica. En el siglo XVI comienza la labor de comentario filológico de la *Poética* de Aristóteles, siendo ya verdaderamente brillantísimos los pioneros de esa tarea, a saber, Piero Vettori, Francesco Robortelli, Vincenzo Maggi, Lodovico Castelvetro, Alessandro Piccolomini, Antonio Riccoboni y Paolo Beni, cuyos comentarios al capítulo 9, que es el que interesa a nuestro propósito, contienen absolutamente todo lo que después se ha dicho acerca de dicho capítulo, tanto por la filología holandesa e inglesa de los siglos XVII y XVIII como por la alemana y francesa del XIX y por todos los comentaristas de nuestro siglo. Ni que decir tiene que tampoco han aportado nada nuevo a dicho capítulo los comentarios de carácter ajeno a la filología en sentido estricto, digamos por ejemplo los de Cornille, Metastasio y Lessing. Pues bien, en esos egregios comentarios, en los que, sobre todo en Paolo Beni, se une a la filología un enfoque filosófico netamente escolástico, se encuentra ya el germen claro e inmediato de las preocupaciones sobre la verdad del conocimiento histórico que en el s. XIX, volcán de ideas como lo llamara Castelar, y paraíso de la ciencia histórica en todo caso, iban a ser el tormento de los teóricos de dicha ciencia y el hilo conductor que llevó a la disparatada hipertrofia de la crítica. El proceso se independiza de la *Poética* de Aristóteles ya en sus propios comentaristas, siendo las dos obras más notables del siglo XVII sobre la ciencia histórica precisamente las consagradas a ese tema por el mencionado Paolo Beni y por el inmenso *polyhistor* de la filología holandesa Gerardus Johannes Vossius. En el siglo XVIII, junto a las inteligentes interpretaciones de la historia de Roma por Montesquieu, perfectamente fieles a las fuentes literarias tradicionales, encontramos en Giambattista Vico el primer gran brote de la arbitrariedad sabihonda que utiliza *ad libitum* los datos y las instituciones de la historia primitiva de Roma para ilustrar estupendas fantasías genéticas. Quedaba establecido el procedimiento que se ha mantenido hasta la fecha: negar la credibilidad de los relatos de Dionisio de Halicarnaso y de Tito Livio porque sus fuentes no habían sido contemporáneas de los acontecimientos relatados, y sustituirlos por nuevos relatos cuyas fuentes eran en cambio las maravillosas facultades adivinatorias de sus autores. De justicia es declarar que Vico, autor de edificante modestia y aleccionadora oscuridad no hizo sino iniciar muy tímidamente ese «planteamiento de nuevas cuestiones y nuevos métodos» que se nos ha enseñado a venerar como un dogma del progreso científico como si la ciencia consistiera sólo en saber lo que antes no se sabía y no más bien lo que antes se sabía. Pero es bien sintomático de ese movimiento renovador de los setecientos

el que la obra de Vico encontrara la aprobación de su contemporáneo el genial filólogo Johannes Clericus, editor de Erasmo, odiado por Bentley y primer tratadista sistemático de la crítica textual, y el que no muchos años después de la aparición de la *Scienza Nuova* aparecieran también, como ataques contra la *Vida de Cicerón* del antibentleiano Conyers Middleton, que es a mi juicio la mejor biografía que jamás se haya escrito de Cicerón, las obras de los bentleianos James Tunstall y Jeremiah Markland, en las que el desenfrenado conjeturalismo adivinatorio de Bentley irrumpía por primera vez en la historia de Roma intentando impugnar la autenticidad de la correspondencia entre Cicerón y Bruto sin retroceder ni ante el absurdo de declarar espuria la famosa carta 16 de Bruto a Cicerón mencionada hasta por Plutarco. Pero también como precursores de la crítica concreta de los primeros siglos de Roma cabe considerar ya en el siglo XVII al holandés Jakob Voorbroek, latinizado Accinctus y helenolatinizado Perizonius en sus *Animadversiones Historicae* de 1685, y de nuevo en el XVIII a los franceses Louis Jean Levesque de Pouilly en una comunicación a la Academia de Inscripciones en 1729, y Louis de Beaufort en dos libros sobre el tema publicados en Utrecht 1738 y Hagae Comitum 1766. Pero se trata en todos los casos de brotes incipientes y poco menos que aislados, tras de los cuales y habiéndose con la revolución francesa puesto de moda la época de la instauración de la república romana, la crítica de la historia tradicional de Roma surge súbita y tumultuosamente en la filología alemana por obra de Barthold Georg Niebuhr, cuya congenialidad con Friedrich August Wolf es total y evidentísima. Jamás dejará aquella época soberana de la filología de ser para nosotros tan deliciosamente ejemplar, tan contagiosamente entusiástica como ridículas y despreciables son sus pretensiones de novedad. Es la época de Schleiermacher, Bekker, Boeckh, Heindorf, Buttmann, Godofredo Hermann: son los hermosos días de la fundación de la Universidad de Berlín, relatados por Niebuhr en páginas jubilosas. Al mismo tiempo que Wolf emitía sus manifiestos renovadores en el Museum Antiquitatis Studiorum, otras veces titulado Museum der Altertumswissenschaft, y en las Litterarische Analekten, y vertía con sus colaboradores en aquellas briosas y sabias revistas la sabiduría eterna de las grandes y pequeñas cosas (junto a las piezas filológicas de altos vuelos, cuestiones tan encantadoras como la de si debe pronunciarse Casaubonus o Casaubonus), fermentaba en Niebuhr la idea de que los antiguos lo poseyeron todo menos la ciencia del análisis y de que ésta es propiedad del saber moderno, idea que se encuentra repetidísimamente expresada en las páginas de su obra capital y en los brillantes artículos del primer *Rheinisches Museum*, así como en las conferencias que dió en Bonn y fueron publicadas después de su muerte. De aquella generación

parte, pues, la gigantesca balumba de la producción filológica décamónica con sus infinitos Indices lectionum aestivarum siye hibernarum, Programme, Broschüren, Berichte y Specimina de todas clases, y en cuanto a la crítica de la historia romana primitiva la brecha abierta por Niebuhr va siendo agrandada en extensión y en profundidad por los alemanes Albert Schwegler, Wilhelm Ihne y Karl Peter y por el inglés George Cornewall Lewis, llegando, pese a la inteligente oposición de Joseph Rubino y a la tan realmente tradicional como profesadamente niebuhriana *Historia de Roma* del profesor de Rugby Thomas Arnold, a alcanzar con Teodoro Mommsen una autoridad perniciosamente acreditada por toda Europa. En nuestro siglo la reacción contra la hipercrítica se ha producido en sentido absolutamente arbitrario. Acerca de la llamada epopeya de Camilo, o del primer Junio Bruto, o del período decemviral, o del primer cónsul plebeyo o de la institución de la censura se nos legisla con tan femenina irresponsabilidad, con tan huera suficiencia los detalles que hay que creer y los que hay que rechazar, que nada puede haber más desmoralizador, nada que se parezca más a una labor sistemática de interpolación o falsificación que los artículos consagrados a la historia de Roma por ejemplo en el Oxford Classical Dictionary. No ya pues en el caso extremo de Ettore Pais, ni en los poco menos extremos de Gaetano de Sanctis, Karl Julius Beloch o Franz Altheim, sino incluso en los autores actuales que a primera vista pueden parecer moderados, como Jean Bayet, André Piganiol, Hugh Last, Stuart Jones, Max Cary, o hasta en Roberto Paribeni resulta intolerable esa pretensión de corregir a las fuentes literarias como si ellos supieran perfectamente lo que ocurrió, condescendiendo amablemente unas veces con ellas, añadiendo o quitando algo otras y reprendiéndolas severamente en otros casos como pedagogos de variable humor con niños necesitados de dirección. Para justificar ese procedimiento, que ya antes de la famosa frase de Mommsen «la fantasía es el corazón de la ciencia histórica» había sido preconizado en la muy aceptable *Historia de Roma* de Juan Jacobo Ampère hijo del físico del mismo nombre, se echa mano de lo que Karl Johannes Neumann quería llamar pomposamente método de las deducciones, o se habla de la importancia de las ciencias auxiliares. Pero la realidad es que mientras por una parte el método de las deducciones es sólo una arbitraria y pobrísima aplicación a la historia de Roma de los preocupados escrúpulos imparcialísticos de Ranke, por otra parte tanto la etnología como la arqueología son en general absolutamente inútiles para la gran mayoría de los detalles de la tradición literaria, y con mayor motivo todavía lo son igualmente la lingüística, la mitología y la etruscología.

Hay, pues, que revalorizar la tradición literaria, como tal y como fuente única para lo que ella cuenta. Distingamos entre lo que al parecer no consta suficientemente que sea verdadero, y lo que consta que es falso; ahora bien, este último caso es rarísimo, y en cuanto a los criterios sobre la posibilidad de lo que no consta suficientemente, en la práctica son siempre arbitrarios. Cuando a propósito del empleo por Dionisio de Halicarnaso del término *probouleuma* con la significación de *patrum auctoritas* se nos dice que Dionisio no entendía el mecanismo político romano, se da por supuesto, sin motivo y sin gracia, que nosotros en cambio lo conocemos perfectamente porque Mommsen dictaminó ex cathedra que la auctoritas patrum era otorgada sólo por los senadores patricios. Ahora bien, las cuestiones referentes a cuándo y en qué condiciones fueron los plebeyos admitidos en el Senado son absolutamente insolubles, porque no hay manera ni de saber si Tito Livio se refiere a eso con la tormentosa fórmula *qui patres quique conscripti essent*, ni de entender los galimatías de Festo y de Servio a este respecto, ni, sobre todo, de encogerse de hombros ante la afirmación de Dionisio de que los plebeyos pasaban a ser patricios previamente a su admisión al Senado, que es la doctrina tradicional en todos los libros de antigüedades romanas anteriores a Mommsen. Pero a Mommsen no le importaba nada de esto: él había estado allí, sabía perfectamente lo que ocurrió, y en el primer tomo de las *Römische Forschungen* depuso su categórico testimonio con la misma falsa seguridad e intemperante dynasteia con que, diez años antes, en su sosa y desapacible *Historia de Roma* había lanzado sobre Cicerón los más desatinados sarcasmos, no haciendo con ello, por cierto, otra cosa que repetir cotorrísticamente, y a través de la inicua obra de Wilhelm Drumann, las inauditas groserías que Dión Cassio Cocceiano pone en boca de Quinto Fufio Caleno como pronunciadas en el Senado en respuesta a alguna de las *Filípicas*. Si, pues, esto es así, y si todos los historiadores posteriores han sido y siguen siendo la descendencia espiritual de Mommsen, es la historia de Roma que nos ofrecen estas fuentes contemporáneas nuestras, y no la de Livio y Dionisio, la que tiene que resultarnos enormemente sospechosa. Nunca será de fiar una afirmación de Niebuhr, de Mommsen, de de Sanctis, de Toynbee o de Mario Attilio Levi sin hacerla pasar por un tamiz mucho más delgado del que es necesario para creer a Tito Livio o a Dionisio de Halicarnaso. Lo que no significa que sobre la obra de Livio o de Dionisio no haya que hacer crítica, sino que en cualquier caso la crítica que sobre ellos hay que hacer es del mismísimo calibre que la que habría que ejercer, si tanto mereciesen, sobre las obras de esos historiadores modernos. Siendo la verdad siempre ideal y nunca empírica, ninguna creación humana tiene más derecho a ser considerada verídica y exacta que las de aquellos autores y

escuelas que con plena conciencia de ese carácter de la verdad se han esforzado en reproducir la historia humana por el método idealizante o arquetípico-ejemplificante, ya sea en forma poética o generalizante, ya en la forma estrictamente historiográfica de la singularización metódica. Entre Tucídides y Livio, puesto que Tucídides es también deliberadamente imaginativo en los discursos, las diferencias de veracidad sólo pueden estar en el mayor alejamiento de las fuentes de Livio respecto de los acontecimientos relatados, no siendo, por ende, en absoluto, posible calibrarlas. Las únicas diferencias que admiten un claro enjuiciamiento son, en cambio, las que resultan del peso moral de una y otra obra: la de Tucídides fría, uniformemente espeluznante e inhóspita, tan desilusionante como sagaz; la de Tito Livio elevadora, catártica, tan entusiástica como certeramente contemplativa, humanamente identificada con sus personajes, transida de una grandeza que es capaz de aliviar la realidad de lo sucedido mostrando cuando menos la brutal belleza de su desamparada irreparabilidad.

Hay, pues, que saber ignorar. Tras la inaguantable suficiencia dédmonónica, el siglo de la conjetura, no sólo en crítica textual sino también en todos los demás aspectos de la filología y de la historia, es lo propio de nuestro tiempo la modestia de saber ignorar, que es en rigor mucho más vitalmente ambiciosa y honradamente científica, puesto que intenta no contentarse con una vaña pretensión de saber porque seamos muy listos, sino amar y estudiar ilimitadamente lo que nos es entrañable admitiendo sinceramente los muchos secretos cuya revelación no nos es dado impetrar. Pero casi tan importante como eso es también revalorizar las obras que han venido siendo despreciadas por motivos tan pueriles como que son postclásicas, imitativas, o, el colmo ya de la incomprensión de la Antigüedad, retóricas. ¿Qué mayor garantía de autenticidad y valía para una obra antigua podría haber que el hecho de ser retórica? Es el caso de la *Ῥωμαϊκὴ ἀρχαιολογία* de Dionisio de Halicarnaso, a quien Hipólito Taine y Eduard Schwartz han hecho tanto daño comparándolo con Livio y repitiendo los convencionales y contradictorios desprecios romanos hacia los Graeculi de la decadencia. Se censura así su generosa prolijidad, se motejan de fríos y vanamente amplificados sus discursos, se la califica de inútil para el conocimiento de la historia primitiva de Roma, todo porque imitando a Tucídides a pesar de censurarlo teóricamente emplea veinte veces más espacio en relatar los mismos asuntos que Livio. Ahora bien, algo parecido ocurre con Dión Casio en comparación con Suetonio y hasta con Tácito, y sin Dión Casio la historia primitiva del Imperio desde el año 68 a. C. hasta el 47 p. C. sería para nosotros mucho más precaria e incierta. El ropaje

de idealización con que Shakespeare ha hecho destellar la figura de Bruto se convierte en lamentable harapo cuando al relato de Plutarco, único que Shakespeare conoció, contraponemos el detalle que sobre la escena de su muerte transmite únicamente Dión Casio, a saber, las palabras, tomadas de las que un ignoto poeta ático había puesto en boca de Hércules, que pronunció Bruto momentos antes de su lamentable suicidio y que hubieran sido en verdad la más trágica de las rúbricas para la tragedia *Julio César*, como lo son para toda interpretación agonal de la vida, que la considere como esfuerzo, o aspiración al menos, a la virtud como instrumento para lograr el bien; y son éstas, en dos trímetros trágicos:

ὦ τλήμων ἀρετή, λόγος ἄρ' ἦσθ', ἐγὼ δέ σε
ὡς ἔργον ἦσκουν · σὺ δ' ἄρ' ἐδοῦλευες τύχη

«Oh desdichada virtud, luego no eras más que una palabra; y yo afanosamente te buscaba como a una realidad, mas verdaderamente eras esclava del azar». Como ese caso se podrían citar otros innumerables; ahora bien, del mismo modo sería para nosotros mucho más precaria e incierta la historia primitiva de Roma sin Dionisio de Halicarnaso. Y, por otra parte, si hasta un espíritu crítico tan fino y exigente, y tan ortodoxo de la edad paradisiaca de la ciencia histórica como el deslumbrador Hipólito Taine ha podido, enjuiciando a un historiador concreto coetáneo, Michelet, admitir que las atropelladas conclusiones de su lirismo adivinatorio son casi tan exactas como las del paciente análisis y la lenta generalización de otro historiador que él mismo estima el más sesudo y escrupuloso que ha existido, Macaulay, ¿no sería ello suficiente indicio para valorar los relatos poetizantes en lugar de pretender embutir por todas partes la sosería de la pretendida verdad científica, esa sosería que a fuerza de ser introducida, so pretexto de progreso, hasta en la enseñanza elemental, ha poco menos que dado al traste con la tradición clásica? Porque es ella, y no la tecnología, es el retroceso, el afán justificativo de unos estudios que no necesitan justificación alguna lo que ha producido ese supuesto corte de la historia de Jaspers; como tampoco los filósofos se han librado. El propio Heidegger, a estas alturas, en sus últimas breves y densas publicaciones sigue preocupado por justificar a la filosofía frente a la técnica. En el fondo es una actitud décimonónica que se ha prolongado por la primera mitad de nuestro siglo. Pero hora es ya de no seguir cediendo. Misión de los que hemos nacido ya en pleno siglo XX creo que es restaurar en toda su plenitud, belleza y eficacia esa sagrada tradición clásica de la que somos responsabilísimos depositarios. Y esta restauración no se hará nunca parangonándola con

supuestos tesoros de la creación moderna, ni intentando demostrar que es muy útil y que está a una alegada altura de los tiempos que nadie sabe en qué habría de consistir, sino al revés, imponiéndola como una realidad, en nosotros, como algo prácticamente apacible e impasible y que para nada necesita ni depende de las supuestas exigencias de los criterios científicos o sociológicos modernos; sobre todo, después de advertir que tal actitud justificativa es completamente trasnochada, y propia a lo sumo del *cursi progresismo* fin de siglo, o, en fin, de todo falso progresismo. La *Anregung* o sugerencia programática para la investigación es hoy más inadecuada que nunca: estudiar, amar y discutir la Antigüedad es conocer la integridad de la tradición filológica, y las interpretaciones y *Anregungen* surgen por sí solas en el atento contemplador. Como también rara vez ocurre que la bibliografía moderna contenga cosas de verdadero interés que no estén en la bibliografía «anticuada». Los que ya hemos pagado la novatada de atiborrarnos de bibliografía moderna, pero también hemos acudido con delicia a la otra, podemos proclamarlo a los cuatro vientos. La «anticuada» tiene en cambio la ventaja de ser tanto más clásica cuanto más anticuada. Es precisamente lo que ocurre por ejemplo con el tomo monumental de la edición silburgiana de Dionisio.

En vista de cuanto antecede afirmarí­a yo ahora que la solución del problema aristotélico a que al principio me refería no estaría tanto en separar como en unir la historia y la poesía, el recuerdo y la ficción, mediante la constatación de la absoluta invisibilidad de la frontera que las separa, fuera de los casos extremos de la historia estadística y de la ficción puramente novelesca. Por eso diría yo también que me parecería saber muy poco de los comienzos de los tribunos de la plebe quien, además de los libros usuales de historia no conozca también las figuras odiosas de Sicinio Veluto y de Junio Bruto en los blank verses o hexapodias yámbicas catalécticas del *Coriolano* de Shakespeare; ahora bien, ni esas figuras ni la obra existiría en absoluto sin Dionisio de Halicarnaso, a quien copió Plutarco, a quien sigue Shakespeare. Pues del mismo modo ignorará tanto la historia del proceso mismo de la formación del pueblo romano como será incapaz de comprender el sentido tradicional de su literatura, las alusiones de Marcial o Juvenal, la esencia en suma de la romanidad más próxima a nosotros, quien del mismo modo ignore, o bien pase por alto por novelescos, los múltiples detalles románticos con que Dionisio ha enriquecido, relatando en cien páginas lo que Livio en cinco, los episodios del combate entre Horacios y Curiacios, la destrucción de Alba a raíz de la traición del albano Metio Fufetio, la primera dicta-

dura de Lucio Quinctio Cincinato, la conducta de Apio Claudio en el affaire Virginia y tantos y tantos otros que durante milenios han sido enseñados a las generaciones de escolares, menos a nosotros, a quien, en lugar de eso se nos ha hablado, a la tierna edad de diez años, sólo de incineraciones terramarícolas y de cloacas etruscas.

Hora es ya, pues, de que la historia primitiva de Roma deje de ser una novelería sin solera, para volver a ser, en el peor de los casos, el drama venerable que durante dos mil años ha nutrido las inteligencias y los corazones de Europa. Quien prefiera admitir como únicos datos ciertos los que proporcionan la arqueología, la epigrafía y demás ciencias auxiliares, que se contente con ellos y que goce en buen hora con los cementerios, los pozos y los pedruscos; pero, por Dios, que no nos los amalgame con la tradición literaria so pretexto de conciliación entre datos ciertos y deformaciones legendarias entregándose él por su parte a esas manipulaciones que verdaderamente deforman la tradición de manera mucho más evidente y claramente inadmisibles que las que se pretende hacernos creer que sufrió la tradición en Livio y en Dionisio. Pues lo que ocurre es que nadie puede contentarse con la pobrísima y anodina historia que las ciencias auxiliares comunican, y entonces sí que para embellecerla, enriquecerla y retorizarla se acude a la tradición literaria, pero en lugar de aceptarla lisa y lealmente, y, en el peor de los casos, admitir que *nada* sabemos sobre si es falsa o verdadera, se recurre, sólo para no parecer anticientíficos, y no en cambio porque haya contradicción, que rarísima vez existe, con las ciencias auxiliares, a ese divertido procedimiento de conjeturar como ciertas unas partes, como no imposibles otras y como falsas las demás. ¿A santo de qué vamos a creernos que Valerio Publícola y Horacio Pulvilo fueron cónsules después de un largo e ignoto período de revueltas, como dice Piganiol, y no al año siguiente de Junio Bruto y Tarquino Colatino como dicen Livio y Dionisio? ¿O por qué va a ser histórica sólo la figura de Lucio Quinctio Cincinato, y no también el detalle de que cuando se le comunicó su nombramiento como dictador se encontraba arando, ἄρουράν τινα ὑπεργαζόμενος εἰς σποράν, ἀχίτων, περιζωμάτιον ἔχων καὶ ἐπὶ τῇ κεφαλῇ πῖλον «arando una heredad para la siembra, sin vestir, llevando sólo un taparrabos, y un gorro en la cabeza», detalle sin el cual probablemente no se hubiera fundado The Order of the Cincinnati ni existiría hoy la importante ciudad norteamericana del mismo nombre? ¿O por qué vamos a tener que creernos que Apio Claudio, jefe de los decémvros y legislador de las doce tablas, fué sólo un gran político amado de patricios y plebeyos, y no también el hombre que engreído hasta creerse omnipotente y sucumbiendo a la insania de su pasión por Virginia provocó la

revolución que dió al traste con el decemvirato? ¿Cómo va a bastar el hecho de que el episodio de Virginia se parezca algo al de Lucrecia para admitir que sea una invención, ni qué clase de evidencia podría demostrar contra Livio y Dionisio que Lucius Verginius y su hija Verginia no eran plebeyos? Así se podría continuar indefinidamente, porque no hay episodio de los primeros cinco siglos de Roma, particularmente de los por la hipercrítica castigadísimos siglos V y IV antes de Cristo, absurdamente llamados edad postlegendaria y antehistórica, que hoy no se nos relate ridículamente desfigurado por la pretensión de saber dónde termina la historia y dónde empieza la ficción. Frente a esa pseudociencia, pues, me parece urgente una vigorosa restauración del aprecio de la primera década de Tito Livio y de la entera Ῥωμαϊκὴ ἀρχαιολογία de Dionisio, cuyos méritos literarios creo haber mostrado que son absolutamente inseparables de su valor como fuentes históricas, como inseparables de Livio y de Dionisio son los méritos que pueda tener la *Historia de Roma* de Mommsen. ¿Por qué la he calificado yo antes de sosa y desapacible si un autor tan exquisitamente sensitivo como Gaston Boissier la califica en cambio de bella nada menos que al comienzo de su libro clásico sobre Cicerón, y si un historiador actual tan prestigioso como Max Cary nos dice que la obra de Mommsen rivaliza nada menos que con la *Decadencia y ruina del imperio romano* de Gibbon no sólo en penetración y exhaustivo análisis de la vida y política de Roma, sino también en la brillantez de la exposición? Pues porque si a los tres primeros tomos de la *Historia de Roma* de Mommsen le quitamos todo lo que no es más que repetición o síntesis de Livio y de Dionisio, el resto será tan meritorio como la película *Parsifal* sin la música de Wagner, o como el *Tiberio* de Marañón sin Tácito. La diferencia que hay entre los grandes historiadores, y hora es ya de decir cuáles tengo por tales, pues por ejemplo, entre Gibbon, Duruy y Ferrero, por una parte, como grandes historiadores, y Mommsen, De Sanctis o Alheim por otra, no es en absoluto científica, puesto que es muy parejo el conocimiento de las fuentes en unos y otros. La diferencia es sólo la que va de la genialidad, el arte y la grandeza de miras de Gibbon, Duruy o Ferrero, a la mediocridad, prejuicios y pedestrismo de Mommsen, de Sanctis o Alheim. Mientras aquellos, como Conyers Middleton había hecho para la historia de Cicerón, se limitan a reunir todas las fuentes en un relato coherente y crítico a la vez, y lleno sobre todo de la más impresionante elevación y la más detectora sensibilidad, fieles a la tradición historiográfica romana de Livio y Tácito y sin pretender saber más que sus fuentes, Mommsen en cambio emplea el procedimiento de hacer seguir a cada trozo de adivinación un trozo de las fuentes que embellezca un poco y a continuación de nuevo un trozo de crítica, es decir, de interpretación fantástica de esas fuentes,

con lo que, siguiendo inconscientemente las exigencias polibianas de no convertir la historia en tragedia, la convierte de hecho en un verdadero melodrama.

Frente a ese procedimiento, hora es ya, pues, de que la historia primitiva de Roma vuelva a ser la que cuentan sus auténticas fuentes, que, aparte de lo que pueda obtenerse del estudio de los fragmentos analísticos, son y serán siempre para nosotros Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso.